

esos aspectos en la edición. Sin embargo, no me parece ser aquí el caso, pues los editores no hacen la menor aclaración.

Queden aquí estas modestas observaciones, que sólo pretenden colaborar en algo a la mejor presentación del texto.

BERNABÉ NAVARRO

*The Nicomachean Ethics* de Aristóteles, traducida, comentada y con un glosario por Hippocrates G. Apostle, D. Reidel Publishing Company, Dordrecht, Holland. XXI × 372 pp.

El distinguido profesor de matemática y filosofía en Grinnell College H. H. G. Apostle acaba de entregar al medio filosófico, científico e intelectual interesado en Aristóteles la traducción de la tercera gran obra del filósofo, la llamada *Ética nicomáquea*, que con la *Metafísica* —Indiana University Press, 1966— y la *Física* —Indiana University Press, 1971— puede decirse que constituye el acervo doctrinal del pensamiento aristotélico (respecto de la *Lógica* téngase presente la fundada discusión sobre su aspecto instrumental o de contenido y sobre si forma parte o no de la filosofía). Tal vez este hecho haya sido el motivo que guiara al traductor y comentarista, pues ha dedicado a esa tarea un mínimo, a mi juicio, de 15 años. El interés del profesor Apostle no se orientó hacia la edición misma de los textos, sino sólo a la traducción y al comentario. No menciona él la razón de ese hecho, pero yo me permitiría suponer que ha considerado con buenos fundamentos que esa labor fue llevada a cabo magníficamente en nuestros días por

Ross en especial (*Metafísica, Física*) y por Christ y Jaeger (*Metafísica*), sobre cuyos textos reconoce haber elaborado su traducción. Con respecto a la *Ética*, si bien no dice nada acerca de la edición sobre cuyo texto basó su trabajo, es muy probable que haya utilizado la de Oxford y que haya tomado muy en cuenta la gran edición —con traducción y amplísimos comentarios— de Jolif y Echard.

En esta reseña, escrita particularmente a propósito de la traducción de la *Ética*, me voy a referir a aspectos generales, que, como lo dice el traductor en el Prefacio, son comunes a la traducción de las tres obras. Y en efecto así lo son, tanto en lo más externo y formal de la presentación, como en el contenido de los comentarios e índices. Las tres publicaciones llevan un prefacio corto y sustancioso, y en seguida un sumario de la obra en cuestión, conforme a los libros y capítulos, de donde se obtiene un resumen lo suficientemente condensado, pero también explícito, para lograr una visión total y confiable de las doctrinas aristotélicas. El texto va ordenado de acuerdo con las divisiones tradicionales en libros y capítulos, teniendo al margen la indicación en páginas y líneas de la correspondencia con la edición de Bekker. El cuerpo mismo del texto ofrece sólo estas adiciones del traductor: (1) llamadas mediante números, que permiten las explicaciones en los comentarios; (2) palabras o expresiones entre corchetes, cuya finalidad es completar en alguna forma el texto, haciendo aparecer, por ejemplo, lo omitido en giros elípticos, añadiendo una especificación necesaria o explicando el sentido de un término; (3) forma *cursiva* de términos o expresiones, unos con mayúscula inicial además, que indican, estos últimos, “principios establecidos por filósofos dis-

tintos de Aristóteles”, y los primeros “son usados a) unas veces por énfasis, y b) otras con significados que son algo diferentes de los —usualmente más restringidos— mismos términos sin cursiva” (pág. X), (4) entrecorillado de términos, el cual indica que se mienta el concepto y no la realidad significada por él.

Tratándose de obras y de autor como los presentes, es natural que el peso o interés de una reseña venga a caer no sobre aquéllas y él, sino sobre la *traducción* y los *comentarios*. En efecto, ¿qué se podría decir sobre unas y otro? ¿Celebrar a Aristóteles y valorar estas obras suyas? El traductor, además, no se ocupa de ello. Veamos, entonces, en primer lugar, qué es lo que aporta él con esta nueva traducción y sus características, para considerar después los comentarios.

De las obras de Aristóteles —como de las de Platón y Kant, por ejemplo— podrían quizá justificarse muchas, numerosas traducciones, que en el fondo y en verdad no se repetirían sólo y que tuvieran aspectos valiosos diversos, bajo la mira de acercarse a la traducción ideal o de aportar algo para ella. En el caso de los filósofos mencionados, toda nueva traducción, si lo es verdaderamente, debe ser bien recibida y, en principio, según lo dicho, se justifica. Pero tal justificación puede, indudablemente, ser reforzada y aumentada —o lo contrario— por los valores y cualidades de la traducción. A mi juicio, las traducciones de H. G. Apostle tienen por sí mismas características valiosas, que las recomiendan y justifican más allá de consideraciones generales. En su lenguaje *sobrio, simple y directo* creo advertir un propósito de objetividad muy de acuerdo con las tendencias actuales del pensamiento y con la forma de pensar y ex-

presarse de Aristóteles. Tal vez en esto influya la índole del lenguaje y del espíritu anglosajón, con un sentido todavía más práctico en las latitudes de este lado del Océano.

En una breve y sencilla presentación, como la mía aquí, no cabe la confrontación de pasajes traducidos con el texto griego original, para sacar una conclusión segura y directa sobre los valores esenciales de la traducción, pues ello requeriría mucho tiempo y espacio. Pero sí creo que hay otras bases para juzgarla, a saber, los principios y designios que el traductor sigue en su trabajo. En primer lugar, según las indicaciones hechas en el Prefacio, se advierte una clara conciencia de la responsabilidad que entraña una traducción auténtica, que convenza en todos los aspectos y tome en cuenta los diversos problemas, que sea, en una palabra, como dice el autor, una traducción “científica”. Partiendo de que “Aristóteles considera la ética como una ciencia y discute su objeto, que es la felicidad, de una manera científica”, sostiene que “si una traslación de la *Ética nicomáquea* ha de ser fiel al pensamiento de Aristóteles, debe ser realizada lo más posible en una forma científica. Semejante traslación exige dos clases de principios: aquellos cuyo designio es comunicar con eficacia ese pensamiento al lector”. (Solapa interna de la cubierta del libro.) Al separar o considerar diversos esos dos principios, en cierta forma se establece una oposición, como si “conservar la exactitud del pensamiento” tuviera dificultades serias en orden a “comunicarlo eficazmente”, como si la *conservación* —del pasado— significara problemas en orden a la *comunicación* —al presente—, de modo que para esta última debieran establecerse principios diversos que para aquélla. En teoría y en general esto *no es admisible* (yo me

he ocupado de estos problemas así teórica como prácticamente desde hace más de 25 años), puesto que el fin *unitario* y fundamental o esencial de una verdadera traducción es *comunicar con la mayor exactitud y fidelidad posibles la totalidad del legado de pensamiento*, entendido por "totalidad", el conjunto de los aspectos no sólo de fondo —pensamiento—, sino también de forma —expresión—, que en general son descuidados por considerarlos secundarios o sin trascendencia. Yo no veo dificultad seria entre "conservación de la exactitud" y "comunicación eficaz", porque para mí el fin primordial y absoluto de una traducción es presentar u ofrecer el pensamiento y la expresión de una obra del pasado. O, dicho de otra manera, el valor o aspecto esencial y absolutamente intocable en la trasmisión del pensamiento expresado —de una lengua a otra, de un tiempo o espacio a otros—, está en el *respeto* y la *conservación*, no en la transformación o adaptación para el presente, así sea con argumentaciones fundadas en último término en requerimientos de la comunicación.

Esto quede dicho, como expresé antes, "en teoría y en general". En concreto, el autor de esta traducción explica su punto de vista como sigue: "En la presente traslación se hace un intento de aplicar las dos clases de principios. En orden a la exactitud, se mantiene una terminología consecuente, y siempre que Aristóteles usa un término en más de un sentido, esto se indica; además, los significados de términos clave se destacan por medio de definiciones, que se dan en el Glosario. En orden a la inteligencia y comunicación exacta, los términos que se escogieron son familiares y sus significados son los más cercanos a los de los términos griegos correspondientes, reduciendo así la posibilidad de

un malentendido. Se ofrecen, asimismo, numerosos comentarios para aclarar el pensamiento y se indican las referencias a otras obras de Aristóteles en apoyo de los comentarios..." (*Ibid.*)

Tomando el hilo de mi observación anterior, precisamente son los comentarios, glosarios, índices, notas, explicaciones, etc., los que deben ofrecer la más ilimitada ayuda para la comprensión total del texto, es decir, de su contenido y expresión, en orden justamente a la comunicación, dejando y respetando en la forma más absoluta la traducción exacta del texto original.

En la traducción de la *Metafísica*, diez años antes (1966), había explicado el profesor Apostle con más detalle las normas que se había impuesto en su trabajo, lo cual fue resumido en las traducciones posteriores de la *Física* y la *Ética*. En esas condensadas explicaciones pueden verse la acuciosidad y el rigor del método del traductor. Como parece muy útil e instructivo transcribir sus "principios", lo hago aquí, advirtiendo naturalmente que lo dicho por el traductor, aquello que se refiera específicamente a la lengua inglesa, a la que él traduce, el interesado de habla hispana deberá aplicarlo a ésta. He aquí los seis incisos de su exposición:

"(1) Los términos deben ser *consecuentes*, pues el primer designio de estas traducciones —se refiere a las suyas— es el conocimiento y no otra cosa, como una obra de arte o un despliegue de erudición. Si en algunos casos llegan a usarse sinónimos por propiedad del lenguaje, se hará una lista de ellos."

"(2) Los términos deben ser *adecuados*. Consecuencia no implica adecuación. Un término inglés puede ser usado consecuentemente para un número de términos griegos, que difieren en significado, como en el caso de "conocimiento"

[*knowledge*], pero tal simplificación destruye importantes distinciones y así nubla o falsea el pensamiento. . .”

“(3) Los términos deben ser *familiares*, esto es, comúnmente usados y con sus significados habituales. Si puede disponerse de tales términos, el uso de otros extraños, sea en inglés o en alguna otra lengua, no añade nada científico a la traslación, sino que agobia de modo innecesario el pensamiento del lector y a menudo lo nubla o falsea. . .”

“(4) Los términos deben ser *claros*. La claridad es auxiliada por la definición, por el uso de la analogía, del ejemplo o de la inducción o en alguna otra forma. Cuando se es consciente de distinciones para las cuales no existen términos diversos, deben introducirse términos nuevos o usar los existentes, pero indicando los varios significados de cada uno. . .”

“(5) Los comentarios ahorran tiempo y son instructivos. Las premisas necesarias para hacer evidente la conclusión, no siempre se mencionan en el texto; muchas de ellas están distribuidas a través de las obras existentes, y de otras no se dispone en absoluto, porque algunas de las obras se perdieron.” (Prefacio, págs. X-XI.)

Ojalá aparecieran en lengua española traducciones como éstas, con verdadero carácter “científico”, pues a las que hay —en España, en México o Sudamérica—, bien podría aplicarse lo que el profesor Apostle dice no ser su objetivo, esto es, realizar una “obra de arte” o “brindar un despliegue de erudicción”. La ya aludida responsabilidad del traductor —aspecto que corrobora, a mi juicio, el carácter científico— se advierte también en el reconocimiento y agradecimiento que hace a los especialistas que colaboraron en su labor, *corrigiendo*, revisando y sugiriendo: cosa que en-

tre nosotros, o no se solicita por pretensión o no se externa por vanidad, y que allá sí se hace por aceptación de la ayuda que se necesita y por mejoramiento de la obra misma.

Para terminar, unas palabras acerca de los comentarios. Puede decirse que la mayor parte está dedicada a señalar referencias de otros escritos de Aristóteles, a aclarar alusiones hechas en el texto o a explicar breve y directamente el sentido de una proposición. Hay un buen número de observaciones filológicas, algunas de las cuales se refieren a problemas textuales, como variantes, lagunas, pasajes oscuros, etc., donde el traductor justifica su propia lectura —a pesar de no haber hecho su propia edición del texto. Pero también muchos de los comentarios contienen exposiciones de problemas doctrinales de fondo, donde no sólo se les discute, sino que se intenta resolverlos, lo cual revela en Apostle un amplio y sólido conocimiento de la filosofía aristotélica, una reflexión larga y detenida sobre los problemas, así como un vivo interés por la significación del pensamiento de Aristóteles para nuestro tiempo. En general, por último, son comentarios breves, directos, objetivos, clarísimos, de enorme ayuda para la inteligencia inmediata del texto.

Después de la enorme y valiosa labor de Ross, sobre todo de ediciones y comentarios estrictamente filológicos y filosóficos, la aportación de Apostle en estos últimos 10 años merece ser considerada como la más importante y, en cierta forma, como complementaria de aquélla.

BERNABÉ NAVARRO B.

*Fichte. Il sistema della libertà*, de Luigi Pareyson. Biblioteca di Fi-